

Anatomía no es destino. *No me agarran viva. La mujer salvadoreña en la lucha* de Claribel Alegría y D. J. Flakoll¹

NATALIA FERRO SARDI
Universidad Nacional de Tucumán

Tanto la precisión de los límites del género testimonial como la definición de los elementos que lo componen resulta dificultosa debido no sólo a las modificaciones que ha sufrido esta clase de relatos a lo largo del tiempo sino también a que una de las características de estos textos es la trasgresión de las mismas convenciones que lo delimitan.² Más allá de la flexibilidad de estos enunciados, la voluntad de testigos y actores de articular un discurso que se oponga al silenciamiento de una de las versiones del conflicto desde un momento de la historia concebido como fundamental, nos permite delinear la base sobre la que se estructura el género. (Nofal: 2002, 43)

El uso de las palabras, del pasado y de la memoria de otro –un sujeto real, concreto formado por tramas históricas y sociales de censura y exclusión– no puede ser entendido como un gesto inocente. Las narrativas del pasado se encuentran, especialmente después de periodos conflictivos, sujetas a luchas políticas por su apropiación, interpretación y transmisión. El intelectual debe revisar críticamente su función de mediador para que su escritura no domestique al subalterno y ese hablar desde el otro –en tanto que todo testimonio es una simulación de la voz de otro subalterno (Nofal: 1996, 36)– no suponga reducir y simplificar la Otredad. De lo contrario, el principal propósito de este tipo de escritura, el de fracturar la visión homogeneizadora de los discursos dominantes, es traicionado.

La escritura testimonial hace manifiesta su intención de “dejar constancia” –en términos de Alegría y de Flakoll– de las prácticas de resistencia que llevan a cabo los grupos oprimidos marginados por la historiografía tradicional. La voz autorial no registra ninguna limitación de los planteos. Hay una imperiosa necesidad de llenar los huecos textuales dejados de lado por el discurso historiográfico y lograr una versión

¹ Alegría Claribel y Flakoll D. J. (1985): *No me agarran viva. La mujer salvadoreña en la lucha*. México: Ediciones Era. Las citas que se mencionen en las siguientes páginas, pertenecen a esta edición.

² Rossana Nofal, considera además en su tesis doctoral (2002), que el género está marcado por enunciados primarios que se niegan a inscribir la pérdida de la oralidad de la entrevista inicial y que debido comparte con el realismo la dialéctica entre lo particular y lo general.

sin fisuras. Debido a su propósito reivindicador, el testimonio, es inexorablemente una historia recreada, cuya organización y selección de la información y de las estrategias está en función de una ideología (Nofal: 2002, 26).

Dentro de este marco, este trabajo se propone analizar las características propias del género testimonial presentes en *No me agarran viva...*, la construcción de la protagonista –Eugenia– la relación que mantiene con los grupos o sectores –mujeres, burgueses– en los que se incluye o es incluida, las tensiones que atraviesan esos vínculos y las representaciones de las mujeres que recorren el texto.

Si el testimonio es el registro de la historia de los vencidos, la narración de una derrota no se presenta aquí, necesariamente, como total. La escritura borra o evita la inscripción de desilusiones o frustraciones en relación a las acciones políticas fracasadas, los resultados negativos generalizados, las desilusiones masivas. La muerte de Eugenia afecta a la organización pero más por lo personal-afectivo que por lo estratégico, más allá de que se destaque su liderazgo y dinamismo.

Fue un golpe tremendamente fuerte para el Rente Felipe Peña. Recibimos una primera noticia sobre la ausencia de la compañera como el 19. después ya el 22 recibimos la confirmación de que los compañeros habían sido emboscados en la carretera entre San Martín y Suchitoto (145).

Aquí, la “caída”, la muerte, de Eugenia dispara la escritura del texto. *No me agarran viva...* ambiciona dar cuenta de la experiencia de un sector de la población salvadoreña, las mujeres –sometidas a diversos niveles de marginación– a partir del relato de la experiencia como guerrillera de una mujer común. El entramado de voces de mujeres refuerza el pacto de lectura del testimonio de acuerdo al cual la biografía de un individuo, en este caso “Eugenia” –su verdadero nombre era Ana María Castillo Rivas–, es presentada ya desde el prólogo como representativa de una clase o un grupo social.

La protagonista es descripta como una heroína distinguida por la abnegación y el sacrificio. Tal caracterización remite a la tensión entre lo particular y lo general propia del testimonio canónico ya que si por un lado, en tanto que caso, la escritura debe señalar las cualidades o acciones que hacen de Eugenia, una mujer militante salvadoreña más; por otro lado, debe hacer hincapié en las características que la distinguen y la definen como un individuo único.

La construcción de Eugenia es plural, sin que se haga manifiesta una intención de presentar un “retrato” incompleto, más allá de los silencios del texto. A modo de piezas de rompecabezas, el testimonio va entrelazando los recuerdos de quienes la conocieron manteniendo como hilo conductor del relato un relativo orden cronológico,

fijado en algunos casos por los años, en otros por fechas más precisas (especialmente cuando se tratan de eventos de carácter nacional como la masacre de los estudiantes después del desfile bufo) de la historia de la militancia de la protagonista, de su llegada a la lucha armada, de su trayectoria por la organización hasta la muerte.

Esta serie de operaciones discursivas que giran en torno a la selección de datos y detalles de las vivencias, al uso de determinados adjetivos en las descripciones, a la organización de este material –baste mencionar la reconstrucción de los últimos minutos de la vida de Eugenia– de acuerdo a ciertos propósitos ideológicos; al mismo tiempo que dota al texto de una organización cronológica y hace explícita la presencia de varios testigos –que la acompañaron a lo largo de su vida– nos llevan a replantearnos, en este texto, la relación entre la ficción y la historia en función del efecto de autenticidad³ que caracteriza al género testimonial. Los relatos testimoniales disuelven la polaridad ficción-realidad ya que presentan la historia, de los hechos desde adentro, desde sus protagonistas, como una verdad absoluta.

A lo largo del texto podemos trazar las distintas iniciaciones que transita el sujeto: se reiteran las escenas de lectura y los trabajos solidarios que realizaba en la Universidad con el propósito de ayudar a las clases sociales desfavorecidas. Tanto la selección como la distribución de estos actos tiene como propósito resaltar, por un lado, la relación entre la palabra escrita y el proceso de concientización por el que atravesó y por otro, hacer evidente el hecho de que los comienzos de ella y de las otras mujeres en la organización están dados desde prácticas cotidianas de solidaridad y ayuda fraternal dentro de grupos religiosos y universitarios. Al mismo tiempo, las representaciones del Estado salvadoreño –violento, asimétrico, excluyente y marginador– que el testimonio pone en circulación, presentan a esos primeros caminos como insuficientes y a los cambios, como imperativos.

Desde los primeros párrafos del segundo capítulo se traza, a partir de la exposición causa-consecuencia, el vínculo entre el destino personal de la protagonista y el destino nacional. Se parte desde su origen, con el propósito de explicar las razones históricas y las elecciones personales que la llevaron al enfrentamiento armado y a su muerte reconstruida, a partir de estrategias literarias, en el capítulo anterior. Profundizaremos algunos puntos sobre la relación entre literatura y testimonio manifiesta aquí de manera más evidente que en otras zonas del texto, en páginas posteriores.

También en el segundo apartado, se registra la inserción en dos grupos de pertenencia que en el caso de Eugenia, no determinarían las experiencias a vivir ni la forma en la que se interpretará el mundo, es mujer y burguesa.

³ Esta característica es señalada por varios críticos del género. Entre ellos podemos mencionar a Ana María Amar Sánchez (447-461), Rossana Nofal (22-39).

Las escenas familiares y las de la adolescencia se encuentran en función de explicar sus inclinaciones políticas, su rechazo al estrato social de origen –la clase burguesa– y a trazar una continuidad en su personalidad. Las anécdotas se insertan, a modo de ejemplos “ilustrativos”, como lo llaman los autores del texto, para remarcar o probar alguna característica mencionada sobre la protagonista.

Las representaciones en sus distintas funciones tendrán como aparente objetivo polemizar *con*⁴ y rechazar el discurso masculino acerca de los roles asignados tradicionalmente a la mujer. Las variables de clase o de género, posibles condicionantes para su función dentro de la guerrilla, son presentadas desde el punto de vista del comandante Ricardo como “superadas” por la protagonista quien atraviesa un proceso de “proletarización”, como lo denomina él mismo y es capaz de “ir entre un montón de hombres” (Alegria y Flakoll: 1985, 40). En algunas zonas del texto, las preguntas sobre la polarización entre lo masculino/femenino, activo/pasivo dentro de la organización, se encuentran más sugeridas en las expresiones de quienes ofrecen testimonios que explicitadas de manera directa por los intelectuales. En general se proponen abordar o buscan que los entrevistados aborden aspectos de la vida personal de Eugenia o sobre la situación de las mujeres salvadoreñas en la guerrilla, de ella como madre, de ella como mujer (su pensamiento u opinión acerca de la liberación femenina) o de ella como esposa o como amiga.

Ahora bien, su condición social de origen adquiere una valoración negativa ya sea mencionada dentro del movimiento del cual ella forma parte (Frente Felipe Peña) – el comandante mencionado en el párrafo anterior– o dentro de su misma familia, sus hermanas también son militantes. Los acontecimientos modifican a estos sujetos y esos cambios son estimados como positivos dentro del texto. El registro de este tipo de evaluaciones actúa a modo de índice de la ejemplaridad de la heroína, capaz no sólo de transformar su modo de pensar y de abandonar los privilegios de su clase sino también de adaptarse a diferentes condiciones de vida e integrar teoría y práctica revolucionaria:

El comandante Ricardo también hace hincapié en ese proceso de maduración que transformó a Eugenia, una muchacha de extracción burguesa, en militante revolucionaria (67).

Las representaciones del sujeto femenino, ofrecidas por distintas personas, se

⁴ Myriam Díaz-Diocaretz e Iris M. Zavala escriben al respecto: “Lo importante es que las posiciones de sujeto son provisorias y relacionales, y surgen como respuestas a interpelaciones, a discursos que nos llaman. Todo ello supone que no tenemos sólo una posición en el mundo, sino que nos podemos mover entre fronteras, rechazando, polemizando o aceptando las posiciones de sujeto que nos interpelean” (1993, 70).

oponen a la idea de que para ella la anatomía fuese el destino. Aún en los momentos en que su cuerpo marca límites al esfuerzo intelectual o físico (la posibilidad de perder el embarazo, las heridas provocadas por el transporte de cargas pesadas, la referencia a sus gripes, asma, etc.) las anécdotas contadas repiten una y otra vez la idea de que ella rechazaba las interpretaciones de que tales restricciones sean asociadas a su condición de mujer. Antes y primero, una militante, luego una madre, una esposa, una amiga.

Deícticos y diversas expresiones coloquiales, así como también la inclusión de algunas de las preguntas de las entrevistas, no sólo funcionan en el texto a modo de marcas de la posición de los intelectuales –responsables de la selección y de la organización de ese material– en tanto se hacen evidentes algunos de sus intereses sino que también exhiben las marcas de la traducción de una voz a otra, del pasaje de la oralidad a la escritura.

Los autores “presentan” las voces que van a “hablar” sobre Eugenia, sintetizando su función dentro de la revolución y señalando la relación que mantenían con la protagonista, con la clara intención de legitimar o de otorgar credibilidad a sus fuentes. Recordemos que su voz, se halla ausente y sólo “escuchamos” la simulación de un eco, a través de los otros o de la transcripción de sus cartas al final del texto.

En este sentido, se vuelve necesario considerar tanto la relación que mantienen los diferentes géneros (carta y testimonio) entre sí como el propósito con el que un género ha sido incluido en el otro. Precisamente, en ese encajamiento, los géneros discursivos simples reproducidos se transforman y sufren alteraciones en tanto que pierden su relación inmediata con la realidad y con los otros enunciados reales.⁵ En este testimonio, las cartas incluidas tienen como función, por un lado, completar el retrato de esta mujer guerrillera a partir de la exposición de su intimidad (sus miedos, su angustia, el dolor de dejar a su hija y a su marido) y por otro; restituirle a la protagonista los rasgos femeninos borrados en la primera escena.

Si al principio del texto, nos encontramos con Eugenia masculinizada, dando órdenes de uniforme y arma –en una imagen que refuerza el aparente rechazo del testimonio a las representaciones tradicionales de las mujeres, de la que hablamos anteriormente– aquí al final, ella es presentada como una madre y esposa angustiada al tener que abandonar a los suyos y temerosa frente a la posibilidad de no volverlos a ver. Es en esa carta, que cierra el texto a modo, de despedida en la cual se muestran los rasgos tradicionalmente asociados a las mujeres: la sensibilidad, el miedo, la irracionalidad, la dependencia de los afectos –hija y marido–.

⁵ Aquí seguimos la clasificación que de los géneros discursivos lleva a cabo Bajtin (1990). De acuerdo al crítico los géneros discursivos secundarios o complejos presentan, en relación a los géneros discursivos primarios o simples, una organización relativamente más desarrollada. Los primeros surgen en condiciones de comunicación más complicadas y principalmente escritas.

Las palabras de uno y de otro informante nos devuelven, a partir de una mirada retrospectiva, la imagen de un sujeto exento de contradicciones. En la reinterpretación del pasado de la heroína, cargada de juicios de valor positivos, se reiteran su capacidad organizativa, su habilidad para interactuar con diversas clases sociales y se enfatizan sus aportes a la construcción de estructuras sociales justas y democráticas.

El grado de su compromiso con la causa, se condensa en la frase que el texto lleva como título: *No me agarran viva...* Su cuerpo, su felicidad, *con* y para el pueblo. La relación entre maternidad y revolución lejos de ser vivida por ella y las otras mujeres como problemática es planteada como armoniosa. Los hijos se educan *en* y para la revolución. Pertenecen al movimiento y al grupo más que a la madre y al padre biológico.

La escritura se puebla de digresiones que construyen paralelamente la historia de la guerrilla, de cómo los distintos sectores de El Salvador llegan a la lucha armada y de la participación de mujeres de otra condición social o nivel de escolarización en el movimiento, de las opiniones de otras mujeres en relación a la guerrilla y a la cuestión de la maternidad. Esto puede observarse cuando se intercala la autobiografía –capítulo 8– de Nélide Anaya Montes, alias, Ana María, segunda después del comandante Marcial y el testimonio de “una arquetípica mujer proletaria” (Alegría y Flakoll: 1985, 110), Marina González en el capítulo, contando su participación y el proceso de “toma de conciencia” de cada una.

La tensión entre lo individual y lo colectivo que atraviesa las opiniones de las mujeres citadas y las creencias mismas de Eugenia –parafraseadas por las otras voces– en el capítulo siete en relación al “asunto de los niños” (Alegría y Flakoll: 1985, 97) se resuelven, desde la escritura, a favor del segundo término. Sin embargo, el testimonio de la hermana de Eugenia sobre su secuestro, la postergación de la protagonista de su decisión de quedar embarazada, su intención de participar de las reuniones más allá de los riesgos de perder el bebé, la decisión de Marina de enviar a su familia con algunos parientes mientras ella esperaba a los militares en su casa, nos permiten leer esa armonía de otra forma. La escritura intenta atenuar, entonces, las posibles zonas conflictivas. La maternidad puede, parecen postular los intelectuales, ser congeniada con la militancia y la lucha armada.

La relación entre maternidad y revolución se vive de manera diferente, incluso opuesta, en *Mi habitación, mi celda* –el texto de Lilian Celiberti y Lucy Garrido–. En este testimonio –letrado, de la militancia y de la flagelación corporal de Celiberti– el cuerpo de mujer supone una contradicción y un sufrimiento. La elección de la maternidad no se considera una libre opción y esconde escoger entre la limitación en la participación social o la sensación de ser un monstruo al no cumplir con los designios sociales ligados a cuerpo biológico. Celiberti llama la atención sobre la apropiación que la sociedad hace de los cuerpos de las mujeres y la culpa en la que se las educa si no

cumplen con las convenciones.⁶

Los fragmentos de entrevistas incluidos en *No me agarran...* registran las marcas o huellas que fueron dejando cada una de estas luchas en los diversos cuerpos, el de la protagonista en particular pero también en los de otras mujeres (ausencias y abandono de hijos, persecuciones, abortos, violencia verbal y física) y en el cuerpo de la nación (los niños huérfanos, una población devastada por las continuas muertes, exilios, niveles extremos de pobreza tanto en la zona rural como en la urbana):

Empecé a gritar que avisaran en el barrio y di el teléfono de mi mamá. De allí ya no hablé más hasta que entramos al cuartel de la guardia. Nos empezaron a pedir los datos y me levantaron el vestid. Me empezaron a tocar, panzona y todo. Decían: ‘Ya vamos a traer la gilette, no te preocupés, aquí va a nacer éste, aquí tiene un montón de papás y va a tener otros papás’, y amenazaban con violación y había uno de ellos que quería ganarme para hablara (69).

Los intelectuales denuncian los hechos de violencia que el Estado perpetúa. Frente a la asimetría de poder, la arbitrariedad del uso de la fuerza y el control tanto de los medios de producción como de los recursos materiales –fraude electoral, censura de los medios masivos de comunicación locales y extranjeros, fusilamientos, secuestros, torturas, sólo por mencionar algunos de los abusos cometidos– la escritura no permite un espacio textual para la confrontación entre diversas versiones de un mismo hecho.

En la negociación por la “rememoración” del pasado, el testimonio instaura la asimetría que se produce en la ciudad real en el ámbito de los signos. Los enemigos, no aparecen individualizados. No se mencionan nombres de soldados de escaso rango. Se responsabiliza al Estado, a los militares a quienes se caracteriza no sólo como individuos violentos y salvajes sino también como sujetos corruptos e ignorantes. La llegada de las mujeres en general y de Eugenia, en particular, a la organización y el uso de las armas aparecen como una respuesta provocada por el Estado. Las mujeres son “empujadas”, en cierta forma a tomar las armas. Esto es evidente tanto en el caso de la campesina, como de Inesita y en la escena reconstruida, de la muerte de Eugenia, que abre el texto.

No es una historia de traición o deslealtad, es un relato sobre la solidaridad entre

⁶ “Cuerpo-naturaleza-maternidad forman el círculo cerrado donde crece y se desarrolla nuestra socialización. Somos mujeres en tanto potencialmente madres. Somos madres no sólo de los hijos sino del hombre. Somos cuerpo en tanto este cobija la posibilidad de ser madres. La falta de alternativas no pasa sólo por las dificultades de inserción concreta en la participación social. Es un mundo muy anterior y específico a nuestra condición de mujeres. Si optamos por un camino de participación, de independencia, de dominio de la naturaleza, de conocimiento y valoración de nuestro cuerpo, nos sentiremos, más de una vez, monstruos.” Lilian Celiberti y Lucy Garrido (1989, 63).

las mujeres, entre los miembros de las organizaciones. El movimiento revolucionario, ofrece, de acuerdo a los testimonios, la posibilidad de abolir las diferencias o mejor dicho de que dentro del mismo las diferencias ya sea de clase social, etnia, religión, nivel de escolarización o género no sean vividas como asimétricas o dificultosas.

Los intelectuales contraponen, de manera implícita, en esta biografía individual que es también la biografía de un país, dos modelos de nación. La idea de nación que se propone desde la revolución y desde la organización misma del movimiento (el funcionamiento interno, la división de roles, las distribución de tareas y posiciones) son presentadas no sólo como una alternativa posible, sino como la única válida para ese país destruido por las injusticias cometidas por el Estado, la opresión, la explotación extranjera y la distribución desigual de los recursos.

En este sentido, las voces autoriales no se limitan a registrar o representar los hechos a partir de la reproducción de las entrevistas, sino que disputan a los medios oficiales, la interpretación de esa realidad. El Estado, con sus políticas represivas arbitrariamente “marca” o “borra” los cuerpos –podemos mencionar como ejemplos la muerte de la maestra de primaria Inés Dimas– y la escritura busca “recuperarlos” e inscribirlos en la Historia:

Los episodios en que se destaca el heroísmo de la mujer salvadoreña son incontables. Por cada uno, reconocido públicamente, hay muchos más que pasan inadvertidos porque todos los testigos han muerto (77).

Con este propósito no sólo se transcribe el relato de la periodista Ann Nelson, testigo de la “caída de Inesita” (Alegoría y Flakoll: 1985, 78) y de los mecanismos de “manipulación” de la información que llevan a cabo los militares sino que además, haciendo explícita la ideología de ambos autores, se apela de manera directa a la reportera norteamericana para ofrecerle “la verdad” de lo sucedido:

(Si algún día lees esto, Ann Nelson, sabrás que fue Inesita quien trazó esas tres letras. Era esa clase de mujer) (80).

De acuerdo a Umberto Eco, con el propósito de evitar que el texto se vuelva ilegible, el autor realiza previsiones de los movimientos del otro –el lector– supone que éste maneja las mismas competencias. Cada texto, de esta forma, erige a su Lector Modelo a partir de una serie de operaciones de: selección de niveles de dificultad lingüística, de un tipo de enciclopedia y de la riqueza de las referencias; inserción de posibilidades y remisiones de lecturas entrelazadas; dirección, vigilancia o liberación del acto interpretativo.

En otras palabras, el autor puede decidir hasta dónde vigilará la cooperación del lector, cuando la promoverá o cuando la conducirá. Debido al propósito reivindicador del testimonio, las intervenciones de las voces autoriales son muy fuertes. La inclusión de algunas de las preguntas también figura con el propósito de recordar o reactualizar a lo largo de las páginas el pacto de veracidad con el lector, propio de este género y de otorgarle credibilidad a la búsqueda previa del material primario utilizado para la redacción de la escritura testimonial considerada en este trabajo. No se permite, al lector, olvidar que detrás de este texto hubo todo un proceso de investigación más allá de que el primer capítulo sea una reconstrucción literaria, de los últimos momentos de vida de Eugenia. En tanto que discurso político, las marcas que, en el texto aquí analizado, remiten a los opositores son muy fuertes.

Cada una de estas estrategias nos permite elaborar la hipótesis de que *No me agarran...* fue escrito para trascender las fronteras geográficas con el propósito llegar a un lector extranjero a quien se explica algunos de los procesos históricos de El Salvador, se exponen las causas y consecuencias, se sintetiza la formación de los frentes de resistencia de las masas, se describe la geografía y se señalan costumbres y características culturales del pueblo salvadoreño.

A partir del uso de subjetivemas ambos intelectuales exponen su posición en relación a las políticas de Estados Unidos, a la sinrazón de la violencia del aparato estatal y a las explotaciones a las que se ven sometidos las diferentes clases sociales debido a las concesiones que el gobierno de El Salvador hace a las empresas extranjeras. Esos juicios de valor deben ser leídos como marcas propias de la escritura testimonial, en tanto que este género se propone como un contradiscurso frente al discurso épico de la historia oficial⁷ con la intención de “desregular el convenio de formas establecidas poniendo en conflicto los pactos de significación dominantes que transan unilateralmente valores, signos y poderes” (Richard: 1993). Los intelectuales –Alegría y Flakoll– ofrecen la palabra como alianza, en un gesto de respaldo a modo de “rescate” del olvido en tanto que nombrar significa sustraer a estas mujeres del anonimato.

El relato testimonial, aquí analizado, puede ser incluido dentro de las memorias de la militancia, dentro del testimonio letrado⁸ (Nofal: 2002). El texto impugna el

⁷ Carmen Perilli (1987, 64): “Historia, mito y novela en la literatura latinoamericana”. En *Curso de apoyo interdisciplinario a la investigación histórica*, Tucumán: Centro de Investigaciones teóricas: “Esta historia se postula como real, no como un discurso emitido por un sujeto en particular sino como una verdad que refleja ‘objetivamente’ los hechos. En realidad se trata de una palabra sumamente mistificadora que silencia, mucho más de lo que revela. (...) Nuestra historia oficial no admite el carácter plurívoco del texto social y convierte la visión de ‘algunos’ en la de ‘todos’”.

⁸ Nofal, propone su propia tipología discursiva del género y lo clasifica en dos grandes grupos: el testimonio canónico y el testimonio letrado. El primero, está caracterizado por una negociación desigual de la palabra escrita. El letrado compila los recuerdos de un informante, generalmente iletrado, quien necesita de aquel para acceder al espacio de la memoria. En este tipo de testimonios es donde se corren más riesgos de que “traducir” al otro se transforme en un simplificar al otro. El testimonio

criterio de verdad instaurado por la censura impuesta por los grupos de poder. El retorno al pasado, reinterpretado a partir de una lectura política de los hechos, se lleva a cabo con una doble intención⁹: ofrecer una versión “verdadera”, antes silenciada y reclamar justicia para aquellos/as cuyas muertes fueron borradas o tergiversadas por los grupos de poder. Escribir este pasado es, en cierta forma, resistir al olvido y denunciar las violaciones sistemáticas a los derechos humanos cometidas por el Estado – de ahí la solidaridad entre los intelectuales y las mujeres salvadoreñas, que participan de la lucha, cada una a su modo.

A modo de conclusión, podemos señalar que hay un uso ejemplar (Todorov: 2000, 93) de la recuperación selectiva de este pasado. Este uso del tiempo recobrado, permite la reflexión del pasado en función del futuro. Supone aprender las lecciones que los impactos emocionales dolorosos dejaron en los sujetos. La voz de Javier, el marido de Eugenia, al final del testimonio no sólo tiene la intención de dar por finalizado el duelo sino también de reafirmar y reactualizar el compromiso de luchar por el pueblo más allá de la pérdida de los seres queridos. De ahí el énfasis en la historia de amor de ellos.

No olvidemos, además, que en el texto la opresión que sufren las mujeres dentro de una sociedad patriarcal, como la salvadoreña, no sólo es apenas sugerida por algunas voces como el de la joven guerrillera separada sino que además es asociada al sector de la población que no ha sido todavía incorporado a la “lucha revolucionaria” y que la liberación femenina aparece sometida a la liberación del pueblo, depende de ésta, la primera se conseguirá una vez alcanzada la segunda.

Las fisuras que resquebrajan la unidad de esa comunidad que construye el texto – la organización como un todo asentado sobre los valores de la igualdad entre las clases y en la distribución de los roles– sólo aparece sugerida en algunas zonas del texto. Son precisamente esas ausencias las que terminan de otorgar un sentido al texto. La intención del texto de polemizar con las representaciones tradicionales de las mujeres se ve truncada, ya que la relación de los sujetos femeninos con las armas, su papel en los frentes de lucha, o de actos violentos cometidos por ellas, es apenas sugerido cuando no omitido. Se trata de contar, registrar, testimoniar su papel dentro de la revolución, pero el texto vuelve una y otra vez sobre las funciones que tradicionalmente desempeñan las mujeres: madres, esposas, amantes y los rasgos asociados a ellas: sensibles, irracionales, cariñosas, comprensivas, irracionales.

letrado, subdividido en los que dan cuenta de las torturas corporales y aquellos que relatan las memorias de la militancia, cuentan una experiencia personal. La escritura de esta variante del género, registra los abusos cometidos por el Estado quien en lugar de proteger a los ciudadanos, los persigue, sometiéndolos a toda clase de abusos físicos y simbólicos. El testimonio le otorga a la Literatura el mismo régimen de certeza que a la Historia, al considerar que sólo se puede desenmascarar lo que verdaderamente pasó mediante la traducción humana del dolor (op. cit., 10-15).

⁹ Aquí seguimos los postulados de Elizabeth Jenin (2002, 42).

Bibliografía

- Alegría, Claribel y Flakoll D. J. (1985). *No me agarran viva. La mujer salvadoreña en la lucha*. México: Ediciones Era.
- Amar Sánchez, Ana María (1986). "La ficción del testimonio". En *Revista Iberoamericana*, Pittsburg, Abril-septiembre, N° 56, pp. 447-461.
- Bajtín, Mijail (1990). "El problema de los géneros discursivos". En *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI, pp. 249-292.
- Celiberti, Lilian y Garrido, Lucy (1989). *Mi habitación, mi celda*. Montevideo: ARCA Editorial
- Díaz-Diocaretz, Myriam (1993). *Breve historia feminista de la literatura española. Teoría feminista: discursos y diferencias*. España: Editorial Anthropos, pp. 69-80.
- Eco, Umberto (1987). "El lector modelo". En *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*. Barcelona: Editorial Lumen, pp. 50-74.
- Franco, Jean (1992). "Si me permiten hablar: la lucha por el poder interpretativo". En *Revista de crítica literaria latinoamericana*. Año XVIII, N° 36, pp. 36-50.
- Jenin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- Martínez Benlloch, Isabel (1996). "Subjetividad, transmisión y género". En *Asparkia. Investigación feminista*, N°6, Dones, arte y cultura, pp. 73-90.
- Nofal, Rossana (1996). "El testimonio: los dominios borrosos de un término". En *Escrituras Alternativas*. Tucumán, IIELA-UNT, pp. 22-36.
- (2002). *La escritura testimonial en América Latina. Los imaginarios revolucionarios del Sur. 1970-1990*. Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras.
- Perilli, Carmen (1995). *Historiografía y ficción en la narrativa hispanoamericana*. Argentina: UNT, FFyL.
- Richard, Nelly (1993). "La política de los espacios: crítica cultural y teoría feminista". En *Masculino/Femenino: Prácticas de la diferencia y cultura democrática*. Chile: Francisco Zegers Editor, pp. 25-42.
- "Intersectando Latinoamérica con el Latinoamericanismo: discurso académico y crítica cultural" en www.sociologia.cl/Nelly/20Richard/20webara.htm
- Stanford Friedman, Susan (1998). *Mappings. Feminism and the Cultural geographies of encounter*. New Jersey: Princeton University Press.
- Todorov, Tzvetan (2000). *Los abusos de la memoria*. España. Ediciones Piados.
- Yúdice, George (1992). "Testimonio y concientización" en *Revista de crítica latinoamericana*, Año XVIII, N° 36, pp. 207-227.

